

LOS GOBERNADORES

En cada renovación de gobernador del estado se vio el acusado empeño de buscar al *hombre* adecuado para el alto cargo y que procurara el “progreso” y “prosperidad” del pueblo y el de los principales funcionarios. Así, por la oposición tremenda que sufrió Romero Ancona, no salió avante su candidatura, y como el general don Francisco Cantón habíase ostentado porfirista consumado y prestado su contingente económico y personal al *Plan de Tuxtepec*, parecía factible su postulación; pero como todos los de filiación liberal se unificaron para combatirlo, se optó por la elección del general Octavio Rosado.

Con el nuevo contrincante renovóse la lucha, y entre la terna de candidatos se seleccionó al general don Guillermo Palomino, quien triunfó; pero desgraciadamente, antes de terminar su mandato constitucional murió, sustituyéndolo el vicegobernador doctor Juan Pío Manzano.

Fueron tres períodos de verdadera prueba: el primero, de reorganización, y no podía pedirse mejor administración al señor Romero Ancona, ya que comenzaba una época propicia de tranquilidad en el estado y era urgente y necesario edificar sobre lo destruido. El segundo período se presentó como el de la conciliación, pues don Octavio Rosado, sin odios ni rencores, pretendió unificar a sus conterráneos distanciados, pero su noble deseo tuvo que enfrentarse con la miseria reinante debida a la invasión de la langosta; sin embargo, atendió de una manera preferente la instrucción del pueblo e hizo que fuera un hecho la organización de la Escuela Normal, cuyo proyecto estaba en embrión. Asimismo llevó a cabo el mejoramiento del edificio para el Instituto Literario de Niñas; también echó abajo el vetusto y semiderruido Palacio del Ejecutivo, que con tal fin era usado desde la época colonial; y dio principio a la construcción del nuevo edificio. El tercer período —el de los

señores Guillermo Palomino y Juan Pío Manzano— lo registramos como de actividad febril por la reglamentación que se hizo de todos los ramos de la administración pública.

Una brega sin cuartel verificóse en 1890 para la elección del señor general Daniel Traconis, porque surgieron las postulaciones de Rosado y Castellanos Sánchez, aunque se creyó que la más conveniente era la del señor Traconis, quien al fin triunfó; su gobierno no hizo grandes bienes pero tampoco males de trascendencia.

También el pueblo pugnó por una representación estatal con características económicas e intelectuales, por lo que se postuló al señor licenciado Carlos Peón, de notoria filiación liberal, pero ligado, desgraciadamente, a familias acomodadas y de alta alcurnia.

Pudo haber reelección en aquella época, pero no la hubo porque los trabajos a la sordina se hacían desde treinta años atrás en favor del general Francisco Cantón, quien por el apoyo de un ministro presidencial obtuvo una completa victoria.

Tuvo efecto fuerte colisión entre la oposición y los gobiernistas, la que afirmó más ese triunfo; tal enfrentamiento dio por resultado muertos y heridos, tanto entre la policía como entre las fuerzas de la Guardia Nacional.

El general Francisco Cantón entró lleno de bríos al gobierno, pero meses después sufrió un ataque cerebral que enervó por completo sus actividades. No obstante, durante su breve período colaboró con el gobierno federal para dominar a los indios mayas; estudióse el proyecto de adoquinamiento de las calles de Mérida, que no se resolvió por la enorme cuantía que representaba la obra.

El general Cantón no quiso rodearse de sus principales correligionarios —los exaltados conservadores— y sólo unos cuantos de ellos, muy íntimos, figuraron en su administración, los que, a la postre, abusaron de su confianza, comprometiendo el prestigio de su gobierno.

Al finalizar el gobierno cantonista se indicó la reelección, pero no fue aceptada, surgiendo como Primer Mandatario el licenciado Olegario Molina, que ocupó siempre un lugar prominente en el Partido Liberal, pues figuró entre los distinguidos restauradores de la República. Así se consumó el suicidio del Partido Conservador.

Tanto el afán de elegir un gobernador entre el elemento civil, el militar o del mundo de los negocios, como la inquietud en la selección de los gobernadores de Yucatán, eran claras muestras del deseo ciudadano de que el estado fuera administrado por hombres capaces, resueltos y progresistas.